

DECIMOSEXTO EXÁMEN.

De la mortificacion del oido.

PRIMER PUNTO.

Adoremos al Espíritu Santo dándonos esta bella instruccion: *Cave tibi, et attende diligenter auditui tui.* Poned guarda y un gran cuidado de no tomaros libertad de escuchar todo género de discursos; sobre todo no presteis vuestra oreja á las palabras vanas, inútiles y que no sirven de nada para la salvacion: *Auditum vanum ne accipias.* ¡Oh admirable leccion para la mortificacion del oido!

SEGUNDO PUNTO.

La mortificacion del oido exige que no se escuchen las murmuraciones, las mentiras, las burlas, las palabras deshonestas, los conceptos de doble sentido, y generalmente todos los discursos en que puede haber algun daño para la conciencia.

Ella exige que se eviten todo lo posible las conversaciones que pueden traer estimacion para sí mismo, y si se está en el caso de escucharlas, que no sea sino con pena y repugnancia.

Ella muestra disgusto para escuchar las novedades del siglo y hace que, bien lejos de pedir tales noticias, ni de andar de

uno á otro lado para obtenerlas, se evite con destreza la conversacion de las personas que se prestan á referirlas.

Sit tibi amarus sapor mundanarum fabularum narratio. (S. Ephr.).

Secularia loquentes declina. (S. Nil. *paren.* 88).

Ella no habla sino con pena de novelas, de comedias y de todas esas aventuras fabulosas que parecen no ser inventadas sino para hacer pasar más agradablemente el veneno á nuestro corazon.

Aures diligenter sepiamus, ne vanas fabulas audiamus. (S. Chrisost. *Hom.* 5 *in Gen.*).

Quid enim nobis cum fabulis? (S. Amb. *in Offic.* c. 20).

Ella se priva de oír todas esas canciones profanas, todos esos aires del siglo y todos esos conciertos que ocasionan solamente placer y divertimento.

Ella desea que al encontrarse en una iglesia escuchando el canto y la música, y sobresaliendo alguna bella voz, se ocupe menos de ella y de la armonía de la música, que de las alabanzas de Dios que con ella se cantan.

Non cantu moveantur, sed rebus que cantantur. (S. August.).

En fin, la mortificacion del oido exige de todos los cristianos, y particularmente de los eclesiásticos, no escuchar nada de

lo que no sirve sino para satisfacer á la oreja. *Ab omnibus oculorum atque aurium illecebris se abstineat.* (Concil. Cabil. sub. Carolo Magno).

TERCER PUNTO.

Dios mio, Vos hicisteis en otro tiempo á san Agustin la gracia de apartarle de la grande aficion y placer que sentia y que tenia de oír (1). Esta gracia no me es menos necesaria á mí que lo fué á él, pues yo no estoy sujeto menos que él á este defecto. Apartad mi corazon lo mismo que mis orejas de la voz y entretenimientos de las criaturas, y no les permitais sino ocuparse de la dulce voz de vuestra palabra y de las sólidas verdades de vuestro Evangelio. Haced, en fin, oh Dios mio, que todo lo que pudiera traer placer á mis sentidos lo conceptúe insoportable si no contribuye para hacerme más perfecto: *Nihil audiam suave, nisi quod alit animam melioremque reddit.* (Lact. lib. 4 Instit. c. 2).

(1) *Voluptates aurium tenacius me implicaverant et subjugaverant, sed resolvisti et liberasti me.* (S. Aug. Conf. x, c. 1).

DÉCIMOSÉPTIMO EXÁMEN.

De la mortificacion del olfato.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á Dios en el juicio que hará un día contra aquellos que no han mortificado el olfato: *In illa die*, dice el Profeta, *erit pro suave odore factor.* (Is. III, 24). El castigará entonces con fetideces horribles el placer desarreglado que se ha tomado en esta vida en los buenos olores, acompañadas de miserias infinitas. Hagámonos sabios nosotros á expensas de los demás.

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos si hemos mortificado nuestro olfato segun las reglas que en este particular nos dan los Santos.

El que tiene mortificado este sentido, no trata en manera alguna de satisfacerle ni por el uso de licores de olor, ni por algun género de perfumes.

El renuncia de buena voluntad á todo el placer que pudiera tomar algunas veces aún inocentemente en esos buenos olores, porque sabe bien que no tienden sino á hacer al alma afeminada, y que ellos no son sino cebo para el deleite.

Ad libidines et voluptates impellunt, ac generosos mores effeminant. (Clem. Alex.).

El está de tal manera persuadido de esto, que se guarda bien de llevar los hábitos, los guantes ú otras cosas perfumadas, lo cual estiman los Santos no ser propio sino de las gentes que no tienen ni aún las primeras tinturas de la virtud.

Quas ne odor quidem virtutis attigerit.
(Lact. *Instit.* l. 7, c. 2).

Por comun que sea el uso de los polvos de olor, él no quiere servirse de esto bajo algun pretexto vano de cualquiera ligera necesidad.

El no va á cortar las flores para tomar alguna, y proporcionarse el placer solamente de percibir su aroma.

El rehusa encontrarse cerca de los buenos olores, y cuando se encuentra en necesidad de percibir los malos ni muestra la menor pena ni se queja, cualquiera que sea la aversion natural que en ello sufre.

El visita con placer los hospitales, y gusta de hablar con los enfermos y aún se presta con ellos á todo género de servicios, sin que se lo impida la fetidez extraordinaria que en esos asilos se percibe muchas veces.

En fin, él se priva voluntariamente de todos los buenos olores (1), y á ejemplo

(1) Sudariola, chirothecæ, vestes, aut alia odoribus delibuta clericali modestiæ non conveniunt. Has igitur vanitates vitando, odorem illum habere studeant, de quo D. Paulus scribit: Christi bonus odor sumus in omni loco. (*Synod. Auscimana*, an. 4593).

de san Arsenio, soporta con paciencia todas las mortificaciones del olfato, para hacer penitencia por los perfumes de que habia hecho uso en el mundo, para evitar las fetideces insoportables con que Isaías dice que los réprobos serán afligidos en el infierno, y para hacerse digno de llevar por todo, como san Pablo, el buen olor de Jesucristo. *Christi bonus odor sumus.* (II ad Cor. II).

TERCER PUNTO.

¡Dios mio! yo reconozco por mi propia experiencia el peligro que ofrece la complacencia en los buenos olores, que los Santos han evitado tambien como lazos del enemigo. Dadme para ellos ¡oh Dios mio! una verdadera aversion, á fin de que yo me mantenga en estado de imitar á la esposa de vuestros divinos Cánticos, y de no correr en lo sucesivo sino hácia Vos, atraído por la dulzura de vuestros perfumes y por el buen olor de vuestras virtudes: *Post te curremus in odorem unguentorum tuorum.* (Cant. I, 3).

DÉCIMOCTAVO EXÁMEN.

De la mortificacion del gusto.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor dándonos un bello ejemplo de la mortificacion del gusto. Para no satisfacerle se priva muchas veces de beber y de comer. Cuando bebe ó come no lo hace jamás por el placer que en eso encuentra; y en el tiempo de su Pasion, en que sufre la más ardiente sed como no la hubo nunca, El no bebe otro brevaje que hiel y vinagre. ¡Cuánto merece este ejemplo de mortificacion, que practica por nuestro amor, que nosotros le rindamos todo género de obsequios!

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos si nosotros hemos tenido cuidado de mortificar nuestro gusto.

El que quiere mortificar su gusto está lejos de buscar los alimentos exquisitos, los bocados de golosina, las viandas delicadas, que los Santos llaman el pábulo de la incontinencia y del deleite: *Cibi delicia-rum atque luxuria.* (Amb.).

El no se ocupa de buscar las buenas comidas, huye de las regaladas mesas y evita cuanto puede todos los festines.

No usa sino de viandas comunes y ordi-

narias. Toma sin reflexion las que se le presentan, y por mal preparadas que se hallen, él las toma sin disgusto y no se complace de murmurar de ellas jamás; por el contrario, se alegra de encontrar esta ocasion de hacerse violencia.

Como él es extraordinariamente ingenioso para no satisfacerse, tiene muchos medios para prevenirse del placer que pudiera encontrar en los alimentos.

Unas veces los toma como se le sirven, sin usar ni de vinagre, ni de sal, ni de algun otro condimento; otras veces los toma ó demasiado calientes ó demasiado frios; unas veces les mezcla alguna cosa de mal gusto; otras veces se priva de los mejores bocados que le fueran de más gusto; y algunas veces se ocupa con tanto placer en santas consideraciones, que todo lo que toma, por bueno que sea, viene á hacersele insipiente.

El se hace una regla de no comer nada fuera de las horas designadas, áun cuando no sea más que un poco de fruta ó alguna de esas golosinas que son tan ordinarias á la mayor parte de las gentes del mundo, y teme siempre proporcionar algun pasto á la sensualidad.

Cuando se ve obligado á tomar cosas de mal gusto, sean ellas muy amargas ó sean demasiado dulces, él se complace de ir tragándolas lentamente para poder sentir

más su amargura y para rendir homenaje á la que nuestro Señor quiso gustar en el árbol de la Cruz.

En fin, él se conduce de tal manera sobre lo que pudiera satisfacerle en orden á beber ó comer, que jamás habla ni se entretiene de estas cosas con persona alguna, y rechaza los primeros pensamientos que sobre esto suelen ocurrírsele, mirándolos como verdaderas tentaciones.

TERCER PUNTO.

¡Dios mio! ¡qué deplorable es ver que los cristianos, que tienen la dicha de nutrirse muchas veces con el Pan de los Angeles, no piensen con frecuencia sino en comer y beber, tomando todo su placer en gustar los alimentos que les son comunes con las bestias! No permitais que incurra jamás en semejante desórden, y hacedme la gracia de imitar á los grandes Santos, que han mirado siempre los alimentos como unos medicamentos, y el tiempo de las comidas como un tiempo de pena y de sufrimiento. *Ad alimenta tanquam ad medicamenta, ad cœnam tanquam ad tormentum.* (S. Bern. *Form. hon. vite*).

Hoc me docuisti, ut quemadmodum medicamenta, sic alimenta sumpturus accedam. (Aug. *Conf.*).

DÉCIMONONO EXÁMEN.

De la mortificacion del tacto.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á Jesucristo azotado cruelmente, coronado de espinas, magullado de golpes, todo cubierto de sangre y de llagas. *A planta pedis usque ad verticem non est in eo sanitas.* (Isai. 1, 3). ¡Oh! este lastimoso ejemplo con que el Profeta le representa, ¿no es un gran modelo de la mortificacion del tacto? Este ejemplo condena altamente nuestra delicadeza.

SEGUNDO PUNTO.

El que es fiel á mortificarse en el sentido del tacto no se permite jamás tocarse á sí mismo ni á los otros sin necesidad.

El no se deja llevar de esa delicadeza afeminada que busca siempre los lechos blandos, los asientos cómodos, los lienzos suaves, los vestidos finos, y que no puede sufrir nada ordinario y grosero de lo que toca á su carne.

El no se sirve de esos diversos medios que se inventan todo los dias, y de que las personas delicadas usan ordinariamente en el mundo para satisfacerse en el sentido del tacto.

El sufre con gusto, ó al menos con paciencia, el frio, el calor y las otras incomodidades del aire y de las estaciones, no defendiéndose de sus rigores sino en cuanto su salud se lo demande.

Por incómodas que ellas sean, no se queja nunca, y jamás le impiden continuar en sus ocupaciones; y si cree deber alguna vez aliviarse, lo hace siempre con una moderacion prudente.

El no se inquieta por ninguna de las enfermedades que le sobrevienen, ni por todo lo que puede hacer sufrir á su cuerpo, porque él sabe que son medios de hacerle más puro, de amortiguar sus pasiones, de hacer penitencia, y de presentar á Dios pruebas sólidas de su amor.

El no se contenta con los sufrimientos que la Providencia le envia, y se los procura voluntarios.

El emplea para esto los cilicios, las disciplinas, los ceñidores ú otros instrumentos de penitencia; y lejos de creer con las gentes del siglo que estas mortificaciones no son sino para los claustros, está persuadido que ellas son de grande auxilio á todo el mundo para impedir las rebeliones de la carne y contenerla en su deber.

En fin, considerando que hallándose el sentido del tacto esparcido por todo el cuerpo, sus ataques son más frecuentes, y es difícil no sucumbir á ellos algunas veces,

le hace una guerra continua, y no cesa de afligir su carne con alguna mortificacion exterior.

TERCER PUNTO.

Dios mio, cuando yo considero que los Santos han mirado el sentido del tacto como el más peligroso y el más temible de todos los sentidos: *Nihil sensu isto periculosius* (S. Joan. Clim. *Grad.* 15); que ellos han tenido atencion particular para mortificarle; que esta mortificacion han creido ser la más propia, la de hacer sufrir nuestro cuerpo, el más cruel de nuestros enemigos; me determino de buena voluntad á seguir su ejemplo y sus sentimientos. Hacedme la gracia, oh mi Dios, de mostrarme fiel á esta resolucion, á fin de que yo pueda decir con toda verdad lo que el Apóstol: «Yo he tratado mi cuerpo con dureza, y lo he reducido á servidumbre, no sea que vaya á ser reprobado:» *Castigo corpus meum et in servitutum redigo, ne ipse reprobus efficiar.* (I Cor. IX, 27).